

— Pero yo he comprado esta noche tus servicios, pícaro.

— El secreto valía más que diez piezas de oro, como podéis conocer, señor Chicot.

— Chicot entró en su aposento y se durmió de rabia.

XIII.

El montero mayor del rey de Navarra.

Al momento que Margarita se separó del rey, fué al cuarto de las damas de honor.

De paso había hecho llamar á su médico Chirac, que dormía en palacio, y entró con él en la cámara de las damas, donde la pobre Fosseuse, pálida y rodeada de ojos curiosos, se quejaba de dolores de estómago, sin querer; tan grande era su dolor! responder á ninguna pregunta ni aceptar ningún remedio.

Fosseuse tenía entonces de veinte á veinte y un

años : era alta, linda, con ojos azules, cabellos de oro, cuerpo flexible y lleno de gracia. Solamente que hacía tres meses que no salía, quejándose de cierta lasitud que la impedía levantarse : al principio estaba siempre sentada en un sillón grande y después acabó por no salir de la cama.

Chirac empezó por hacer salir á todos cuantos se hallaban presentes, y colocándose á la cabecera de la cama, se quedó solo con ella y con la reina.

Asustada Fosseuse de estos preliminares, á los que las dos fisonomías de Chirac y de la reina, la una impasible y la otra helada, no dejaban de dar cierta solemnidad, se incorporó sobre su almohadón y balbucó unas cuantas palabras de agradecimiento por el honor que le dispensaba la reina su señora.

Margarita estaba más pálida que Fosseuse, porque el orgullo herido es más doloroso que la crueldad ó la enfermedad.

Chirac tomó el pulso á la joven, aunque puede decirse que lo hizo contra su voluntad.

— ¿ Qué es lo que siente usted ? — la preguntó con un corto examen.

— Dolores de estómago, señor, — contestó la pobre niña ; — pero creo que no será nada, y si tuviera tranquilidad...

— ¿ Qué tranquilidad, señorita ? — preguntó la reina.

Fosseuse se echó á llorar.

— No os aflijáis, — continuó Margarita, — S. M. me ha rogado que venga á veros para tranquilizar vuestro espíritu.

— ¡ Oh ! ; cuántas bondades, señora !

Chirac soltó la mano de la enferma y dijo :

— Ya sé cuál es vuestra enfermedad.

— ¿ Lo sabe usted ? — murmuró Fosseuse temblando.

— Sí, sabemos que debéis sufrir mucho, — añadió Margarita.

Fosseuse continuaba asustada al considerar que se hallaba á merced de dos imposibilidades, la de ciencia y la de los celos.

Margarita hizo una seña á Chirac, el cual salió de la habitación. Entonces el miedo de Fosseuse se convirtió en temblor, y estuvo á punto de desmayarse.

— Señorita, — dijo Margarita, — aunque hace

algún tiempo que os conduciéis conmigo como una persona extraña, y á pesar de que todos los días me han dado cuenta de vuestros malos oficios para conmigo cerca de mi marido...

— ¿ Yo, señora ?

— No me interrumpáis. Aunque al fin habéis aspirado á un bien demasiado superior á vuestra ambición, la amistad que os tenía y la que he profesado siempre á las personas de honor á que pertenecéis me mueve á socorberos en la desgracia que ahora os aflige.

— Señora, os juro...

— No neguéis: tengo ya demasiados pesares. Confesádmelo todo, y os serviré como una madre; tengo tanto interés como vos en vuestro honor, puesto que me pertenecéis.

— ¡ Oh ! ; Señora, señora ; ¿ Conque dais crédito á lo que dicen ?

— Os digo que no me interrumpáis, señorita, porque me parece que el tiempo urge. Quería deciros que en este momento el señor de Chirac, que sabe vuestra enfermedad, pues debéis tener presentes las palabras que acaba de deciros, se halla en las antecámaras, donde anuncia á todos

que la enfermedad contagiosa de que se habla en el país está en palacio, y que, según los síntomas, estáis amagada de ella. Sin embargo, yo, si es tiempo todavía, os llevaré al Mas de Agenois, que es una casa bastante separada del rey, mi marido; allí estaremos solas ó poco menos; el rey por su parte sale con su comitiva á una cacería en la que, según dice, pasará algunos días; no saldremos del Mas de Agenois hasta después de vuestro alumbramiento.

— ¡ Señora, señora ! — exclamó la Fosseuse encendido el rostro de vergüenza y de dolor, — si creéis todo lo que dicen de mí, ¡ dejadme morir miserablemente !

— Mal correspondéis á mi generosidad, señorita, y contáis también demasiado con la amistad del rey, que me ha suplicado que no os abandone.

— ¿ El rey ? ; Cómo ! ; Ha dicho el rey ?...

— ¿ Dudáis de lo que digo, señorita ? Yo si no viera los síntomas de vuestro mal, si no adivinara por vuestros dolores que se aproxima la crisis, acaso tendría fe en vuestras negativas.

En aquel momento, como para dar toda la razón

á la reina, la pobre Fosseuse, abrumada por los dolores de un mal furioso, volvió á caer livida y palpitante sobre su cama.

Margarita la contempló largo rato sin cólera, pero también sin lástima.

— ¿Queréis todavía que crea vuestras negativas, señorita? — dijo á la desgraciada enferma cuando ésta pudo levantarse y mostró levantándose un rostro tan desencajado y tan bañado en lágrimas que hubiera enternecido á la misma Catalina.

En aquel instante (como si Dios hubiese querido enviar su correo á la pobre niña) se abrió la puerta y el rey de Navarra entró precipitadamente.

Enrique, que no tenía para dormir las mismas razones que Chicot, no había dormido. Después de haber trabajado una hora con Mornay, y haber tomado durante esta hora todas las disposiciones para la partida de caza tan pomposamente anunciada á Chicot, corrió al pabellón que ocupaban las damas de honor.

— Y bien, ¿qué dicen? — dijo al entrar. — ¿Que mi hija Fosseuse sigue siempre enferma!

— ¿Veis, señora, — exclamó la joven á la vista de su amante, y cobrando ánimo con el socorro

que le llegaba, — veis como el rey nada ha dicho, y que hago bien en negar?

— Señor, — interrumpió la reina dirigiéndose á Enrique, — os suplico que pongáis término á esta lucha humillante; creo haber comprendido hace poco que V. M. me honraba con su confianza revelándome el estado de esta señorita. Advertidla, pues, que estoy al corriente de todo para que no se permita dudar cuando yo afirmo.

— Hija mía, — preguntó Enrique con una ternura que no intentó disimular, — ¿conque insistís en negar?

— El secreto no me pertenece, señor, — respondió la joven más alentada, — y mientras no reciba vuestro permiso para decirlo todo...

— Mi hija Fosseuse tiene muy buen corazón, señora, — replicó Enrique, — os suplico que la perdonéis, y vos, hija, tened confianza en la bondad de vuestra reina; el agradecimiento es cosa que me incumbe, y me encargo de él.

Al decir esto Enrique cogió la mano de Margarita y se la apretó con efusión.

En aquel momento, una nueva oleada de dolor acometió á la joven; cedió, pues, por segunda vez

á la tempestad, y doblada como una azucena inclinó su cabeza lanzando un sordo y doloroso gemido.

Enrique se enterneció sobremanera al ver aquella frente pálida; aquellos ojos llenos de lágrimas; aquellos cabellos húmedos y esparcidos, al ver, en fin, brotar de las sienes y de los labios de Fosseuse ese sudor de la angustia que parece próximo á la agonía.

Enajenado, fuera de sí y con los brazos abiertos, se precipitó hacia ella.

— ¡ Fosseuse, mi querida Fosseuse ! — murmuró Enrique arrodillado delante de su cama.

Margarita, entretanto, triste y silenciosa, fué á apoyar su frente abrasada contra los vidrios de la ventana.

Fosseuse tuvo fuerzas para levantar sus brazos y ceñirlos al cuello de su amante; en seguida pegó sus labios á los de Enrique creyendo que iba á morir, y que en este último beso daba á Enrique su alma y su adiós.

Después volvió á caer sin conocimiento.

Enrique, tan pálido con ella, inerte y sin voz como ella, dejó caer su cabeza sobre las sábanas de

su lecho de agonía, que parecía iba á ser pronto su mortaja.

Margarita se aproximó á aquel grupo en que estaban confundidos el dolor físico y el dolor moral.

— Levantaos, señor, y dejadme cumplir el deber que me habéis impuesto, — dijo con majestad enérgica; — pero viendo que Enrique no recibía bien aquella manifestación, pues se contentó con levantar una rodilla del suelo, añadió :

— Nada temáis, señor : desde que mi orgullo es solo el ofendido, soy fuerte ; si lo fuese también mi corazón, acaso no podría responder de mí ; pero afortunadamente nada tiene que hacer mi corazón en todo esto.

Enrique enderezó la cabeza y dijo :

— ¡ Señora ?

— No digáis ni una palabra más, señor, — exclamó Margarita, — ó creeré que vuestra indulgencia ha sido un cálculo. Somos hermano y hermana ; nos entenderemos.

Enrique la condujo hasta la cama, y puso en su mano calenturienta la helada de Fosseuse.

— Id, id á vuestra cacería, señor, — dijo la

reina; — cuanta más gente llevéis con vos, más miradas curiosas alejaréis del lecho de..... esta señorita.

— No he visto á nadie en las antecámaras, — dijo Enrique.

— En efecto no hay nadie, — replicó Margarita sonriéndose: — creen que está aquí la peste; apresuraos, pues, á ir á divertirlos en otra parte.

— Señora, — dijo Enrique, — ya me marchó, voy á cazar por los dos.

Y fijando una mirada tierna en Fosseuse, todavía desmayada, salió precipitadamente de la habitación.

Cuando se vió en las antecámaras sacudió la cabeza como para hacer caer de su frente un resto de inquietud; en seguida, risueño ya, como de costumbre, subió al cuarto de Chicot, que, según hemos dicho, dormía á pierna suelta.

El rey hizo abrir la puerta, y meneando fuertemente á Chicot:

— ¡Eh, eh! compadre, — dijo, — arriba: son ya las dos de la mañana.

— ¡Ah! Diablo, — dijo Chicot, — ¡me llamáis

compadre, señor? ¡ Por ventura me tomáis por el duque de Guisa.

En efecto, siempre que hablaba Enrique del duque de Guisa tenía la costumbre de llamarle su compadre.

— Os tomo por mi amigo, dijo el rey.

— ¡ Sin embargo me tenéis como un prisionero? ¡ Á mí, que soy un embajador? Señor, mirad que violáis el derecho de gentes.

Enrique se puso á reir, y Chicot, hombre de humor, sobre todo, no pudo menos de hacerle compañía.

— ¡ Estás loco? ¡ Por qué diablos querías marcharte de aquí? ¡ No estás bien tratado?

— Demasiado bien á fe mía, demasiado bien; se me figura que soy aquí un pavo que ceban en el corral. Todo el mundo me dice: « chiquito, chiquito, Chicot, ¡ qué mono es! » pero me cortan las alas y me cierran la puerta.

— Chicot, hijo mío, — dijo Enrique meneando la cabeza, — tranquilízate: no estás bastante gorro para mi mesa.

— Observo, señor, — dijo Chicot levantándose,

— que estáis muy alegre y animado esta mañana. ¿Qué noticias hay?

— ¡ Ah ! Voy á decírtelo. Que tenemos cacería, y siempre que salgo á caza estoy contento. ¡ Ea, fuera de la cama, compadre, fuera de la cama !

— ¡ Cómo ! ¿ me lleváis, señor ?

— Serás mi historiógrafo, Chicot.

— ¿ Tomaré nota de los tiros que disparen ?

— Justamente.

Chicot meneó la cabeza.

— ¡ Y bien ! ¿ qué tenéis ? — preguntó el rey,

— Tengo, — respondió Chicot, — que jamás he visto semejante alegría sin inquietud.

— ¡ Bah !

— Sí, es como el sol cuando...

— ¿ Cuando qué ?

— Nada, señor, sino que lluvia, relámpago y trueno no están lejos.

Enrique se acarició la barba sonriendo, y respondió :

— Si hay tempestad, Chicot, mi capa es grande y te cubrirá.

Saliendo después á la antecámara, mientras

que Chicot se vestía refunfuñando, dijo al rey en voz alta :

— ¡ Mi caballo, y que digan á M. de Mornay que le espero !

— ¡ Ah ! — dijo Chicot, — ¿ es M. de Mornay el montero mayor de esta cacería ?

— M. de Mornay es aquí todo, Chicot, — respondió Enrique. — El rey de Navarra es tan pobre que no tiene el medio de dividir sus cargos en especialidades. No tengo más que un hombre.

— Sí, pero es bueno, — dijo Chicot suspirando.